

Las manifestaciones geniales de los hombres son siempre determinantes de fuertes impulsos del progreso y con este mismo carácter consideramos las del genio artístico. En último término, claro es, toda revelación genial es siempre artística, por cuanto siempre es emotiva, creadora de belleza o que la descubre donde antes no era percibida ni gozada. La emoción estética se produce en los más diversos órdenes de la cultura; de tal modo que, en toda su actividad, el hombre tiende siempre a la realización de lo bello, aún sin tener plena conciencia del fenómeno.

El hombre ama la belleza sin saber por qué la ama. En su arte se propone siempre manifestarla, de manera a conseguir que sus obras despierten en todos una emoción estética, lo que el artista logra cuando sabe imprimir o hacer resaltar en su composición los elementos de belleza que él ha percibido.

Dejemos a los especialistas en estudios sobre arte la tarea de investigar por qué una cosa es bella o es fea, la de decirnos cuales sean los elementos esenciales de una obra estética y la de explicarnos en qué radica lo bello y por qué esta cualidad despierta esa emoción y ese amor. Sobre todo esto podría exponeros muchas autorizadas opiniones y críticas varias y discutidas. En gracia a la brevedad prescindo de ello, toda vez que solamente pretendo indicaros una, entre las varias facies que puede ofrecer el problema.

Hay, sin embargo, perfecta conformidad en considerar que la belleza es una cosa real, que existe como tal realidad en la Naturaleza. No es simplemente una cosa subjetiva, ilusoria, experimentada por el hombre, que pueda admitir tantas modalidades como individuos. Lo bello es percibido por todos, aunque varíe la capacidad individual para la emoción estética, como por todos es percibida la forma, el color, la distancia, etc. con variaciones análogas de capacidad. Y con el mismo título que la forma, la dimensión, el peso o el color, es la belleza una cualidad de las cosas, aunque pertenezca a esa categoría especial

